

Ópera, detrás del telón

La ópera está cambiando en España por resultar cada vez más cercana y abierta. Y el Liceu de Barcelona tiene mucha culpa de ello pues en su décimo aniversario del incendio que lo devastó, su público cada vez es más variado y joven. Para que todo funcione como un reloj, más de mil personas se apresuran entre oropeles y maromas. Así es la ópera detrás del telón.

Texto: Roberto Herrscher • Fotos: Fèlix Merino

Es una gloriosa mañana de primavera y las Ramblas en el centro de Barcelona bullen de vendedores, turistas y saltimbanquis. Un grupo de escolares vocingleros cruza las pesadas puertas de vidrio del Gran Teatro del Liceo. Poco a poco los gritos y chiflidos se van acallando y los niños empiezan a mirar – primero con disimulo, después con toda la boca abierta – la sobria belleza de la gran entrada con su escalera de mármol, las lámparas de metal, las gruesas alfombras rojas, las molduras doradas. Parece la entrada a un palacio encantado del que les hablaron sus abuelos y sus maestros, y se apodera del grupo un cosquilleo que les cuesta describir.

Al entrar en la sala grande, el asombro se hace excitación, y se tiran de las mangas para mostrar a sus amigos lo que acaban de descubrir. Uno se acerca a tocar los angelotes dorados del proscenio, mientras otro señala el tamaño imponente de la sala, y dos chicas casi se desnucan, hipnotizadas por las originales pinturas de Pera Jaume en el techo, que simulan un mar de sillas rojas, como las de la platea pero ondulantes y oníricas. Cuando empieza la música, que se abre en todas direcciones en alas de la excelente acústica del teatro, muchos niños se mecen en los asientos, se arrullan a sí mismos, sonrían para dentro.

A los periodistas que asistimos habitualmente al Liceo, nos viene bien entrar de vez en cuando con un grupo de escolares en el teatro de ópera más grande de España y uno de sus edificios más elegantes y emblemáticos, para mirar y escuchar con nuevos ojos y oídos. No para mitificarlo, sino para entender el embrujo de una sala y un arte que en los últimos años, lejos de encerrarse sobre sí mismos, atraen a nuevos públicos que buscan salir de lo cotidiano y entregarse a un mundo desorbitado y emocionante.

La “catedral del gusto”

Construido en 1847, destruido por un incendio 14 años después y vuelto a construir en un año, el Gran Teatro del Liceo fue durante más de un siglo y medio referente de una burguesía catalana ilustrada y firmemente atada a las corrientes artísticas de Europa. En Barcelona

Modernista, Cristina y Eduardo Mendoza llaman al teatro “la catedral del gusto, la exhibición y las pretensiones de todas las bonas families de Barcelona”, donde se hacían grandes negocios y se arreglaban casamientos al son de las melodías de Verdi o Puccini.

El Liceo nació como un teatro privado en un sentido muy particular: los fundadores y sus descendientes eran dueños no de acciones o cuotas, sino literalmente de sus butacas y sus palcos, que amueblaban y adornaban a su gusto. Estos dueños imponían sus ideas sobre repertorios y elencos a empresarios elegidos por ellos, mientras una incipiente pequeña burguesía comenzaba a poblar con modestia los pisos altos del teatro. Hasta finales del siglo XIX, imperó sin matices la ópera italiana, con un tímido espacio para algunos títulos franceses, como Manon de Massenet o el Fausto de Gounod. Pero coincidiendo con el auge económico y el apogeo del Modernismo en arquitectura, pintura y decoración, las clases pudientes de Cataluña se arrojaron en brazos de un coloso de la ópera que pronto adoptaron como propio: Richard Wagner. En la década de 1880 se desató la pasión, y aún hoy se conserva ese hilo mágico con su música, como se comprobó esta primavera con las imponentes producciones alemanas de Sigfrido y El ocaso de los dioses, seguidas con unción por un público entregado.

“¿Por qué los barceloneses hicieron un culto tan grande a Wagner?”, se pregunta el crítico de arte australiano Robert Hugues en su ensayo Barcelona. “Porque vieron en él su propio deseo de crear un mito de identidad nacional. En sus temas medievales y su audacia vanguardista en la música, (vieron) la mezcla perfecta de fábulas y arcaísmo, por un lado, con un exacerbado sentido de la modernidad por el otro.” Cuando se apagaban las luces del Liceo, los pujantes industriales y comerciantes se solazaban sus propios mitos fundacionales magnificados por el artista genial.

Pero con las convulsiones de la primera mitad del siglo XX, la progresiva decadencia de la burguesía catalana marcó también el ocaso del Liceo como sitio de referencia. Durante la República se lo “catalanizó”, con Franco los ganadores de la Guerra Civil lo transformaron en escenario de su triunfo, y durante la transición, los manifestantes, al avanzar con sus pancartas por las Ramblas, expresaban con huevos y pintura su repudio a la “vieja España” que veían reflejada en los mármoles y dorados del teatro. En los ochenta, el Liceo languidecía transformado en reducto nostálgico de minorías, con un escenario y un presupuesto demasiado pequeños como para entrar en la ola fresca de puestas en escena vanguardistas que estaba rejuveneciendo los teatros de Europa. Y cuando nadie sabía qué hacer con el viejo Liceo, otra vez saltó la chispa.

Fuego y resurrección

El 31 de enero de 1994, un pavoroso incendio redujo la sala y el escenario a una montaña de escombros y cenizas. Inmediatamente, las autoridades y los referentes sociales de Cataluña se

abocaron a construir un Liceo igual pero más moderno, con el triple de espacio escénico y más arriesgado en sus propuestas artísticas, esta vez con fondos públicos.

En un tiempo récord, el teatro fue reconstruido y en 1999 se reinauguró con bombos, platillos y la presencia de los Reyes, con la misma ópera que ‘tocaba’ en 1994, de no haberse quemado todo: Turandot, de Puccini. Dado que los gobiernos de España, Cataluña y Barcelona aportaron casi 50 millones de euros (la mitad del presupuesto de la reconstrucción), la relación del teatro con la sociedad debía ser otra. “El incendio nos sirvió para romper viejos tópicos y lugares comunes, como la crítica de que era exclusivo o para unos pocos. La necesidad de trabajar en salas alternativas nos acercó a un público que conocía esos espacios pero que pensaba que el Liceo no era para ellos”, dice Joan Matabosch, el joven director artístico del teatro. Empezaba otra época y otra relación entre el Liceo y su ciudad.

Las cifras se dispararon. En estos cinco años se pasó de 7.625 abonados a 22.660 en la última temporada, y de 64 funciones en 1999 a 114 el año pasado, con lo que el teatro está ahora al límite de su capacidad. Para Xavier Pujol, más importante que esto es el hecho de que la edad promedio de los nuevos abonados haya bajado de los 60 de antes (la edad típica en los teatros de ópera de muchos países europeos) a los 40. Muchos son profesionales, inquietos culturalmente, aunque no necesariamente ricos, porque en los pisos altos, con buena visibilidad y excelente audición, los abonos cuestan menos que en el estadio del Barça.

Esta temporada el Liceo estrena director musical (el alemán Sebastian Weigle), convoca grandes cantantes (como Plácido Domingo, Montserrat Caballé, Angela Gheorghiu, José Cura o Carlos Álvarez) y sigue ampliando su oferta con 14 óperas (10 escenificadas). Y habrá para todos los gustos: desde una versión tradicional de Turandot hasta la mirada vanguardista de Dario Fo en La Gazzetta de Rossini, y desde el eterno Rigoletto hasta un estreno catalán, Gaudí de Joan Guinjoan. Diez años después de las cenizas, el ave fénix ya vuela. Parece que en Barcelona, el viejo arte de la ópera está más vivo que nunca.

Ópera para todos

En los cinco años desde la reinauguración, más de 300.000 niños presenciaron los espectáculos infantiles del teatro, desde La pequeña flauta mágica dirigida por Els Comediants hasta un divertido Superbarbero de Sevilla adaptado y escenificado por El Tricicle. ¿Qué le puede ofrecer la ópera a los niños de hoy? Para Xavier Pujol, jefe de servicios educativos del Liceo, “los niños que no conocen la ópera se pierden el espectáculo más complejo de la cultura occidental, que enriquece cultural, histórica y sentimentalmente.

La ópera educa en lo que ahora se llama inteligencia emocional – nos pone en contacto con la alegría, la tristeza, la melancolía, la añoranza de un pasado mejor, el impulso de crear, la esperanza de cumplir un deseo noble. Gracias a un espectáculo apabullante como



la ópera pueden empezar a entenderse a sí mismo, prepararse para tener sentimientos que aún no han tenido, encontrar la expresión sublime de lo que empiezan a sentir. Si la primera vez que escuchas el final de La Bohème no lloras, es que tienes el alma de cartón.”